

Sea esta la ocasión de daros, Excelentísimo Señor, mis más profundos agradecimientos por la bondad con que habéis favorecido a este humilde sacerdote, y por la inmerecida confianza que me habéis hecho. Por actos de tan señalada bondad sabed, señor, que siempre me sentiré para con vos obligado.

Decidles, señor Carrasquilla, todo esto, no para hacer mérito de mi pobre trabajo; pues con la mano sobre el corazón sé bastante que lo que he hecho no es obra mía sino obra de Jesús, mi Señor y mi Amo; pero sí para que sepa la diócesis de Pasto, cuánto los amaré y cuánto anhelaré su bien cuando he aceptado el ponderoso cargo que se me impone a costa de tan grandes sacrificios. En el orden sobrenatural el amor es todo, y su intensidad se mide por lo que a él se sacrifica.

Y vos, señor Carrasquilla, mi hermano y mi amigo, sabed que si por una parte me ha ligado a vos tan estrecha amistad y si vivo muy agradecido por el alto honor que me habéis hecho en elegirme como confidente vuestro, hoy estoy sobremanera reconocido por el favor que me habéis dispensado presentándome ante mis diocesanos, por pura bondad vuestra, con cualidades que buscadas sinceramente os diré con verdad que no las conozco, yo no las encuentro; pero sí descubro en todo una verdad, y es ésta: que Dios Nuestro Señor se ha servido de vos para presentar ante mis ojos lo que yo debo hacer y cómo debo cumplir mi deber. Dios os lo pague."

EL POSITIVISMO EN COLOMBIA

*Dedicado respetuosamente
al doctor Rafael María Carrasquilla*

Seguidores nosotros del *justo término medio*, no venimos a abogar aquí por filosofías banderizas, ni mucho menos buscaríamos conclusiones extremas; colocados en el

terreno de la razón, tratamos de un punto cuya solución importa a todos los elementos sociales; a todos, decimos, porque no creemos que en Colombia haya todavía ninguno que proclame la anarquía como *desideratum* del Estado. Combatimos el empirismo brutal, enemigo de las ideas y de los cuerpos de doctrina; empirismo que va reinando entre nosotros, y tiene minadas la ética y la política, porque encadena la inteligencia al esterilizante hecho particular.

En un libro de Alfredo Binet, director agregado del laboratorio de Psicología Experimental de París, se hallan en el prólogo estas palabras:

“El positivismo hace tiempo que ha perdido el dominio que ejerció sobre el pensamiento. M. M. Caro, Naville, Ravaisson y el abate Broglie y tantos otros escritores, han prodigado los argumentos para extenderle el acta de defunción; y esta crítica acerba ha servido de estímulo al estudio de la filosofía de A. Comte, dando como principal resultado la desautorización del comtismo como sistema; pero la aceptación de los métodos positivos como los genuinamente científicos.”

“Los métodos positivos han elevado la psicología a una categoría igual a la de todas las ciencias particulares y han fijado con claridad su carácter y sus límites, *rectificando el ensueño de A. Comte que, para buscar la homogeneidad de todas las ciencias, hizo desaparecer el estudio del alma, absorbiéndolo en la fisiología.*”

Atiéndase al hecho significativo de que quien esto escribe, profesa la psicología experimental. Y hemos subrayado las últimas palabras porque ellas, en boca de quienes siguen en el laboratorio el estudio del alma y de sus elevadas funciones, merecen tenerse en cuenta.

Resulta, pues, que el comtismo, tomado como un todo, como un sistema filosófico, como una explicación (la más positivista de todas) del mundo, del hombre; etc., esto es, como base metafísica, y también como base ética, como

norma que ha de regir a los hombres y a los pueblos, ha pasado a la historia de las cosas muertas.

Pero que, en cambio, según el prologuista, subsiste como criterio, esto es, como método o como base lógica para que, por medio de una experimentación rigurosa, concreta y sensible, se conozca rigurosamente el hecho sensible y concreto.

¿Y cabe preguntar cómo se edifica la ciencia? Porque aplicando exclusivamente el sistema experimental, difícilmente podremos inducir una ley general; pues los nexos de la inducción, como leyes que son del espíritu o del siquismo si se quiere, escapan a la experimentación sensible y concreta. No tendríamos derecho para edificar una sola ley. Evidentemente el sistema era manco.

Por eso, tal empirismo, estéril e insubsistente en sí mismo, se modifica, y Herbert Spencer y Stuart Mill, menos soñadores que Comte, se mostraron más prudentes y, sin dejar de ser positivistas, pues atacaron la abstacción, el razonamiento puro, la deducción, las ideas universales, los primeros principios, se acogieron a la inducción para conquistar la ciencia, la analizaron y, como en realidad es un método fecundo, víctimas de un espejismo lamentable creyeron que ella contenía toda la ciencia.

Juzgaron que la humanidad, después de ellos, quedaba plenamente satisfecha: no tenía nada más que averiguar hechos y coincidencias que encadenan los hechos. Coincidencias, porque la idea de causalidad para ellos no existe.

Pero aunque indudablemente la mayor gloria de Augusto Comte son los nombres de Herbert Spencer y de Stuart Mill, y aunque éstos modificaron el positivismo, ampliándolo, todavía así el sistema no resultó viable. La humanidad no pudo conformarse, y es Hipólito Taine, pensador moderno no menos ilustre, quien viene a invalidar y a rebatir, en su parte esencial, la lógica de Stuart Mill, y a reclamar en favor de una filosofía menos estrecha, más tolerante y completa, el valor de la abstracción. Oigámoslo:

“.....Así pues, hay juicios fecundos que sin embargo no resultan de la experiencia; hay proposiciones esenciales que no son meras palabras; hay, pues, una operación que difiere de la experiencia, que abstrae en vez de particularizar, que no busca nuevos datos sino que reposa en los que posee (para extraer su idea esencial), y que, yendo más allá de la observación, abre nuevos campos a las ciencias, define su naturaleza, determina su progreso y señala su fin” (1).

Stuart Mill, a fuer de puro nominalista, afirma que no hay definición de las cosas—que cuando intentamos definir una cosa, sólo definimos su nombre. Taine replica: “Definición es la proposición que marca en un objeto la propiedad esencial de que se derivan todas las demás y que no se derivan de otra. No es verbal porque enseña la cualidad de un sér. No es una afirmación cualquiera; es una aserción de naturaleza extraordinaria, la más fértil y preciosa de todas, porque resume en sí todo un cuerpo de ciencia y es en donde tratan de resumirse todas las ciencias.”

En la teoría de la prueba para rebatir el silogismo, Mill dice que no se prueba que X haya muerto porque todos los hombres mueran, pues sería repetir el aserto; sino porque A, B, C, etc., mueren. Esto es, se prueba de lo particular a lo particular. Y Taine, citando a Aristóteles (lástima que Taine dé tal prueba de ignorancia!): “Nosotros, dice Aristóteles, probamos un hecho por su causa.” No es la proposición general ni la particular el fundamento de la prueba; ellas contienen, expresan la causa, pero no son ellas mismas la causa. En el caso anterior, la mortalidad, como cualidad propia al hombre, es la prueba de nuestro aserto. No basta añadir casos sobre casos, es menester extraer de ellos una ley. No basta experimentar, es necesario abstraer. El silogismo no procede como quiere Mill, de

(1) H. T. AINE *History of English Literature*.

lo particular a lo particular, ni como dicen comúnmente otros lógicos, de lo general a lo particular; el silogismo es el paso de lo abstracto a lo concreto, de la causa al efecto. Así concebido es como forma el silogismo parte de la ciencia, cuyos eslabones constituye; él conecta el principio a sus consecuencias, une la definición abstracta al fenómeno concreto, difundiendo a través de todas las ramas de la ciencia aquella abstracción que la definición lleva al más alto terreno especulativo.”

Tratando particularmente de la inducción dice: “Resta considerar la inducción, que se presenta como el triunfo de la experiencia, cuando en realidad es el triunfo de la abstracción.”

Y continúa:

“Vemos, pues, que hay dos grandes motores de la ciencia, hay dos operaciones: experiencia y abstracción; hay dos reinos: el de los hechos concretos y el de los principios simples.” Es decir, hay dos mundos, el de los seres y las ideas. “Así este magnífico universo, siempre en movimiento, este caos tumultuoso de hechos que se enlazan unos a otros, esta vida incesante, infinitamente varia y múltiple, todo puede reducirse a unos pocos principios y sus relaciones.”

De este modo reivindica Taine la necesidad de la metafísica contra el empirismo, que cortando el aliento de la inteligencia, la ahoga en el hecho particular. Veamos cómo se eleva este autor:

“Las leyes generales, aunque abstractas, son sin embargo complejas; es posible descomponerlas y hallar una ley ulterior de su existencia; existe una causa inmediata que las genera y las une. Aquí, lo mismo que en el terreno de los hechos, podemos buscar los elementos o principios generadores en que se resuelven y de los cuales se deducen; y esta operación se continúa hasta que hayamos llegado a elementos enteramente simples que nos conducen finalmente al principio de contradicción. Hay, pues, prin-

cipios elevados de los cuales se desprenden las leyes generales; de éstas se deducen leyes más especiales, y por último los hechos que observamos; del propio modo que en geometría de dos o tres nociones primeras se sacan todas las propiedades de líneas, superficies y volúmenes para toda la innumerable variedad de formas que produce la naturaleza y la mente humana pueda imaginar.”

No podemos, en los límites de este artículo, apurar la crítica contundente que el filósofo francés *libre-pensador* hace al positivismo estrecho de Stuart Mill; pero gustosos referimos a quien desee enterarse del conjunto a la *Historia de la Literatura Inglesa* de Taine, en el original francés o en su traducción inglesa. Las traducciones al español ordinariamente no son sino despojos informes de los originales.

Lo que antecede demuestra que no se puede prescindir tan fácilmente de las ideas generales; que no es manjar muy rico el positivismo exclusivista; que son tabla de salvación para la ciencia, en todos sus ramos, los primeros principios, la ley de causalidad, etc., y que esto lo exigen no frailes de la Edad Media, sino cabezas tan despreocupadas como Taine.

De ahí que, pudiendo echar mano de otros argumentos, hayamos cedido por entero la palabra al crítico francés, para demostrar, sin sombra de parcialidad, que el comitismo, como método, tampoco es aceptable (1).

Y hemos querido escribir esto no por conquistar ínfimas de filósofos que a muy bajo precio andan por la plaza, sino porque observamos que este critesio es el que domina hoy en Colombia; todo hijo de vecino dice como diría el mismo Comte: “A mí, hechos, dénme hechos.”

¡Nadie pide ideas!

(1) Y si no conviene en el gabinete, infinitamente menos útil será para educar un pueblo, para proponerlo a la juventud.

Y aquello se dice en política, en administración, en asuntos de enseñanza, en el comercio, y traduce muy a las claras en el pueblo colombiano—pueblo, por otra parte, de grandes facultades intelectuales—el contagio banal de un empirismo, el más grosero de todos, el más estéril, el del judío yanqui, el empirismo del mercader.

Por renunciar a pensar se olvida la filosofía—se olvidan los principios,—se menosprecian las leyes generales, se forma la incapacidad para la ciencia pura, se desorientan los ideas, se dislocan los partidos, se pierde la dirección.

Y luego se sorprenden las masas de mirarse perdidas en la incoherencia de la incertidumbre, sin brújula que señale el derrotero.

Y más perplejos se quedan los jefes cuando, en vez de corrientes definidas, presencian sólo un fermento caótico, en donde los fenómenos sociales, en lugar de elevarse, se degradan, bajando de los principios a fincarse en la suerte aleatoria y mudable de un nombre.

Indudablemente el país sufre el contagio de un criterio disolvente, y el pueblo, que jamás ha tenido alas, va haciéndose refractario a los cuerpos de doctrina lógicos y consecuentes; pero las clases directoras, el gobierno, los maestros, la prensa, tienen la mayor responsabilidad en esta degeneración nacional, pues es a ellos a quienes corresponde elevar el sentimiento intelectual y moral de las masas.

Renunciemos al pensamiento, renunciemos a cuerpos de ciencia abstracta, y tendremos un pueblo sin norte, es decir, un agregado informe, un pueblo de autómatas o quizá algo peor, un pueblo de fieras; porque el hombre es una suma, y si restamos el pensamiento, sólo quedará la bestia.

Conviene, pues, comenzar por el principio.

La definición de una ética se impone a todo elemento que no sea antisocial; de allí se desprenden los programas,

y los programas sí conducen a los pueblos. Mayor necesidad de ello hay en estos países en donde el pueblo, en continua formación, ha pasado de conquistado a criollo, de criollo a revolucionario, de revolucionario a autónomo, cambiando de hábitos a cada nueva transformación, sin que haya sido posible que se acentúe en él la estabilidad de costumbres que producen siglos de existencia, como sucede al pueblo inglés.

Con el empirismo es imposible educar un pueblo.

Santamarta, 1912.

ALBERTO CORADINE

UN NUEVO LIBRO.

SOBRE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Ofrecemos con gusto a los lectores de esta REVISTA la traducción de un artículo en que *The New York Times* anuncia la aparición en lengua inglesa del reciente libro sobre San Francisco de Asís, escrito en danés por Joan Jorgensen. Algunos ejemplares de la versión francesa, en preciosa edición, llegaron en el año pasado a esta ciudad, y dentro de poco aparecerá, editada en la imprenta de *La Luz*, una versión castellana debida a la pluma, ya ventajosamente conocida, por la traducción de uno de los libros de Monlaur, del joven seminarista bogotano, don Luis Concha Córdoba.

El escrito que ahora insertamos es digno de atención por la hermosura de las ideas que contiene, pero más aún por haber aparecido en un diario protestante. El entusiasta elogio de San Francisco y de su adhesión a la Santa Sede hecho por escritor no católico, es verdaderamente admirable, así como el parangón entre la obra de Jorgensen y la de Sabatier, y la preferencia que el autor otorga a la primera, fundado en que Sabatier no penetró en el espíritu del santo, pues, como es sabido, Sabatier es también escritor protestante.

La historia personal del escritor danés no puede ser más bella. Muy joven todavía, se hizo en su patria a una gran reputación por